

## LA EDAD DE ORO (\*)

por

ENRIQUE GOMEZ CORREA

Sería necesario retornar a la luz del día para hacer un parangón entre aquel mundo proclamado por la locura y este otro mundo sórdido que nos ofrece la realidad cotidiana. ¿Existe, acaso, una necesidad imperiosa en lo profundo del hombre que le obliga a soñar la felicidad? "No os perdáis" se dice a menudo a los que empiezan a lindar los signos del alma monstruosa; "no os inquietéis, este mundo tiene su razón de ser, este mundo es el único mundo legítimo, ¡romped la soledad!". Se habla, se amontonan palabras, y de pronto no es posible soportar por un minuto más aquel sofocamiento de los encantos y se cae arrasado por la seducción. En este clima, en exceso quemante, las bestias en asecho saltan y ya no se ve sino pequeños relámpagos que parten de los astros negros que sólo soñaron con el placer y que por un extraño destino sólo pudieron alcanzar las márgenes del dolor. Pero, entonces, ha surgido la imagen de una historia escalonada, que se va construyendo sobre la base de millones de cadáveres, y poco ha de importar que este señor haya de ser la materia combustible, pues lo importante es su llama, únicamente. Se sabe que, al volver la cabeza, podrá encontrarse la muerte, y, sin embargo, hay necesidad de volver la cabeza, a pesar de correr el riesgo de quedar convertidos en estatuas de sal, a semejanza de la mujer de Lot. ¿Cómo detenerse, cómo desterrar el sueño de la cabeza del hombre? ¡Decídmelo!

---

(\*) El presente trabajo corresponde al capítulo final de la obra titulada *Sociología de la Locura*, Ediciones "Aire Libre", Santiago de Chile, 1942.

Tales podrían ser las palabras iniciales de aquéllos que sólo habitan el mundo bajo la esperanza de una Edad de Oro de la humanidad. Hacía muchos años que el hombre había dejado de arañar sobre estas regiones con la angustia que salta hoy a los ojos de todo el mundo. Se había perdido, en cierto modo, el hambre, la sed, las palpitaciones del sueño. Pero hoy se ha retornado a las zonas de lo quemante, y, por lo mismo, la incertidumbre azota a los hombres de la cabeza a los pies. ¡Demasiado cielo para tan poca tierra! y, por consiguiente, hay que aferrarse hasta donde sea posible al pedazo de tierra!

Este lenguaje que yo uso en este momento, para circunscribir los problemas más transcendentales de la hora presente, este lenguaje de puras imágenes, de seguro habrá de sorprender a los únicamente familiarizados con las páginas áridas de la sociología, y que a la vez, son las más reveladoras del mundo que yo he denunciado. Imposible liberarse, así como así, de un mundo que me fué confesado en secreto por aquellos malditos de todos los tiempos. Yo no sería capaz de sustraerme a las leyes de la gravedad, ni menos falsificar la verdad con sólo objeto de agradar a unos cuantos ganapanes de la última especie.

Hecha esta declaración, vuelvo a insistir: la serie de ideas que nos puede hacer asociar la imagen de un paisaje insólito, en relación con una suerte de vida anhelada a través de innumerables generaciones, es de una importancia capital para el que intente penetrar en lo medular del pensamiento de toda una época. Pensad por un momento en las asociaciones que pueden ser prodigadas por la idea de los helechos vivos o petrificados. Por consiguiente, referido el investigador a estas regiones, se verá que es imposible dejar de toparse con algunos de aquellos fenómenos que se les designa bajo los nombres de mito, sueño, locura.

Ha sido con semejante método que hombres como el sociólogo James George Frazer o, que en medio de la poesía, André Breton, hayan terminado cantando o proclamando la Edad de Oro. Imposible no recordar del primero aquellas páginas alucinatorias del *Golden Bough*, en donde el autor enciende las luces de la magia y del mito, partiendo de la visión de las colinas italianas a orillas del pequeño lago de Nemi, "espejo de Diana", como le llamaban los antiguos. Sí, *The Golden Bough*, el Ramo de Oro, del que también el genio pictórico de Turner, tal como aquel otro titulado *The Bay of Baiae, with Apollo and Sibyl*, nos ha hecho llegar hasta nosotros una imagen de sueño, encendida por la esperanza de una vida sin límites. Ahí todo habría de llenarlo el amor: es el castillo del amor en el más puro estilo italiano, el lago del amor, las montañas del amor, el bosque del amor, la danza del amor, los vestidos flotantes del amor, el Ramo de Oro del amor. Ahí, precisamente, en ese mismo paisaje de ensueños, un drama extraño se había desarrollado: "En el recinto del santuario de Nemi — dice Frazer — se alzaba un árbol, cuyas ramas no podían cortarse. Sólo un esclavo fugitivo podía tratar de quebrar una de sus ramas. El buen término de esta tentativa le permitía atacar al sacerdote en combate singular, y si llegaba a matarle, reinaba en su lugar, bajo el título de *Rey del Bosque (Rex Nemorensis)*. Según la opinión de los antiguos, la rama fatídica era el Ramo de Oro que Eneas, por orden de la Sibila, cogió antes de emprender su peligroso viaje al país de las sombras. La huida del esclavo representaba sensatamente la

huida de Orestes; su combate con el sacerdote era una reminiscencia de los sacrificios humanos ofrecidos a la Diana táurica. (\*\*)

No creo que haya nadie que haya bordeado los límites del pensamiento, que del relato que precede no termine por desembocar en la generalización de una vida sanguinaria en todos los tiempos, y en la cual lo mítico es una de las mejores columnas, por decirlo así.

A este propósito de plantas mágicas, habría que referirse a las fiestas hechas con el muérdago y aún subsistentes en Inglaterra, que consisten en colgar del techo, en vísperas de Navidad o de Año Nuevo, un ramo de esta planta parásita del manzano. Durante esta fiesta, el joven que sorprende a una dama debajo del muérdago tiene derecho a besarla.

Si yo traigo a cuento esta fiesta tradicional es para hacer ver cómo, a semejanza del sacerdote y a la vez asesino del mito del Ramo de Oro, habría que recurrir a la mitología para explicarse la génesis de ciertos derechos.

Como ya he dicho, hay una verdadera necesidad de cerciorarse hasta qué punto le está permitido al hombre pensar en ese mundo de la Edad de Oro o en quedarse en los límites estrechos de una realidad cotidiana. Hay necesidad de compenetrarse en aquel amor descontrolado — Edad de Oro — cantado con tanta magnificencia por André Breton en *L'amour fou*. Pero es del caso que en la locura, como particularmente en la magia, el hombre depende de sus propias fuerzas y con esas solas fuerzas habrá de oponerse a todos los peligros que le rodean. Sin embargo, ¿qué es esto para la trayectoria sangrante del pensamiento? Porque, en efecto, al decir de las palabras clarividentes de Frazer, el hilo negro de la magia o más general de la locura, el hilo rojo de la religión y el hilo blanco de la ciencia, no son más que teoría del pensamiento, puras tentativas de captación de lo real, pues "el progreso del saber es una marcha infinita hacia un fin que retrocede a medida que se avanza hacia él". ¿Por qué, entonces, no ha de llegar un día en que los sueños hayan de ser una "realidad palpable" a la luz del día?

De esta pregunta sólo podrá dar cuenta la historia de la humanidad con todas sus alzas y con todas sus bajas. Por mi parte, yo no he tratado aquí sino de constatar el drama.

E. G. C.

Santiago de Chile, 14 de Octubre de 1941.

(\*\*) J. G. Frazer, *Le Rameau d'Or*, p. 7. t. 8.